

Jagüey, La Victoria, Playa Albina

HAY UN CAPÍTULO EN *LOS AÑOS DE ORÍGENES* QUE BIEN pudiera tomarse como una versión cubana del *Retrato del artista adolescente* de Joyce. Aparece de un modo inadvertido y abrupto, tras 180 páginas de lectura. Es uno de esos momentos icónicos que la literatura fija con cualidades epifánicas: Lorenzo García Vega en la librería La Victoria, cerrado de negro en el clima calcinante que misteriosamente aprendimos a tolerar, la *Paideia* de Jaeger en las manos; Lezama, espectador anónimo, pasa a su lado y le habla por primera vez:

—Muchacho, ¡lee a Proust!

Ha transcurrido más de medio siglo de ese encuentro. Los nuevos poetas de la isla, en su paso por Miami, tocan a la puerta de Lorenzo, ávidos por escuchar la voz iconoclasta que leyeran en las escasas copias de *Los años de Orígenes* que circulan en Cuba. Quien les recibe es un hombre de pelo blanco, piel sonrosada y tersa, cálida, intensa mirada azul sujeta muy al fondo por el dolor y la ternura. Hace mucho que el traje oscuro y la corbata fueron sustituidos por unos *jeans*, sin que el poeta haya perdido su elegancia nata. Marta suele estar, «*femme inevitable, amour nécessaire*», como dijera Bernard Henri-Levy de Simone de Beauvoir.

Lo conocí cuando escribía *Los años de Orígenes*, en el 75 o el 76, el justo medio entre el poeta adolescente de La Victoria y el poeta de hoy en Playa Albina. Me llevó a su apartamento mi prima Gaby, unida a Lorenzo por virtud de aquellas alianzas semif feudales que perpetuaban una clase y una raza entre las familias de provincia durante la República. Tato Vega, tío de Lorenzo y gobernador de la provincia de Matanzas, se había casado con la tía-abuela de Gaby.

Gracias a ese parentesco también fui convidada a Jagüey Grande en 1956. El pueblo sin duda tendría su historia, pero solo me mostraron lo que pertenecía a una u otra familia: los palcos del teatro, el hotel, la botica, la finca. Y por supuesto, el parque de rigor, donde Lorencito y mi tío

Loures Gil

Pepe conversaban cuando jóvenes de filosofía y literatura hasta la madrugada, costumbre que continuarían luego en el Malecón de La Habana. Me quedó claro que no había que trasladarse a Heidelberg o París, que se puede ser lo que uno es en cualquier parte.

La visita fue breve, apenas unos días, pero me abriría los ojos para entender la dimensión onírica de *Vilis* muchos años más tarde, al humor albino diseminado en los *Collages de un notario*, en *Variaciones a como veredicto* y en tantos poemas suyos. Jagüey, polvoriento y mustio, me sensibilizó a la tristeza cubana, esa tristeza que rasguña la lectura de *Los años de Orígenes*. «¿Por qué se ríe usted, Lezama, si todo es tan triste?», cuenta Lorenzo que preguntaba Juan Ramón Jiménez. «Lezama se reía», escribe, «sabía... que el cubano era un pueblo triste y sombrío. Sabía que tras los manotazos, espaldarazos y bullanguería cubana se ocultaba lo siniestro». El «melancólico andaluz» no supo vislumbrar la amargura tras el antifaz sonoro de la risa, como tampoco Cernuda pudo soportar las liturgias de iniciación con que lo agasajaron los origenistas, en otro memorable episodio de *Los años de Orígenes*.

Tanto Cernuda como Juan Ramón provenían de viejas tristezas europeas. Las mismas que evoca Susan Sontag en su ensayo sobre Walter Benjamin — texto de una vehemencia intelectual ya ausente de las letras norteamericanas— con esta escueta frase: «Era lo que los franceses llaman *un triste*». Los franceses, artífices en perpetuar fragancias exquisitas de las flores, el musgo y las más humildes hierbas, poseen la habilidad de trocar la adjetivación en un estado anímico. Quizá la tristeza sea también una esencia. Lo cierto es que las cansadas tristezas europeas no se reconocen a sí mismas en la indefinición telúrica del Caribe. Particularmente en Cuba, la tristeza ostenta muy diversos ropajes.

Supongo que resulta comprensible que la obra de exilio de Lorenzo me haya influido más que la que escribió en Cuba. Alguien me comentó una vez que Playa Albina no era la descripción más acertada de Miami; que el «potrero asfaltado» de Arenas le parecía más exacta. La comparación era innecesaria, pues cada escritor acierta a su manera. Sospecho que ese lector cubano recordaba subliminalmente *La jungla de asfalto*, una temprana película de Marilyn Monroe. O que hallaba el contraste entre lo rural y lo urbano de un potrero con asfalto más a su gusto. Playa Albina, en cambio, es una abstracción y como tal se presta a muchas lecturas. Puede leerse a través del color: cuando la luz se descompone en el prisma, el blanco es la posibilidad infinita de todos los colores. Prefiero entender el albinismo como mutación del código genético, con su arrastre de extrañeza y diferenciación, de transgresión amparada por el mundo natural de la playa. Si Miami ha sido un experimento mimético, una trasmutación de Cuba, se repite en el nuevo territorio más como playa que como potrero.

Sin la obra de Lorenzo el origenismo no sería más que una capilla taciturna y solemne, erguida en un sitio de honor de la fiesta innombrable de nuestra literatura. Y por ese péndulo con que la historia se nivela y repara los agravios, todo el encarnecido esfuerzo por demoler la construcción origenista desde

las páginas de *Lunes de revolución*, del coreo oficial revolucionario por desvirtuar su estética, no logró impedir que las generaciones más jóvenes de escritores cubanos volvieran sus ojos al período origenista, convirtiéndolo en objeto de veneración cultural.

Aunque admite su tono desacralizante, la presente generación de escritores ve *Los años de Orígenes* como una obra de redención, donde el autor rasga sus vestiduras y desmonta hasta sus últimas consecuencias las contradicciones, las reticencias y las máscaras de Orígenes. Y pese a que Lorenzo es alérgico al lenguaje del posmodernismo, hay que decir que *Los años de Orígenes* es, además de una cartografía de la identidad político-literaria de nuestro país, una deconstrucción del concepto canónico de la nación como centro y un escarceo por redefinir la diáspora y el descentramiento de la cultura cubana. Hasta donde yo sé, Lorenzo fue el primero en abordar las discontinuidades y mitificaciones incesantes del exilio en su escritura. Pero el *tour de force* de *Los años de Orígenes* consiste en su desafío al dictamen de Sartre de que el subconsciente no posee un status epistemológico. ¿Y qué es *Los años de Orígenes*, sino el triunfo epistemológico del subconsciente, el hilvanamiento de la lógica interna, invisible, del subconsciente?

Hay quienes se desconciertan al comprobar que Lorenzo es perfectamente feliz al conducir el carrito de mandados del Publix. Tachan de excéntrica una labor que creen que lo reduce y desvalora. En *El nombre de la rosa*, Umberto Eco asegura que los simples no pueden elegir sus herejías personales. El Publix constituye una herejía personal de Lorenzo. Un desafío que revela la profunda dignidad con que ha querido asumir el exilio.

Hubo un precedente al carrito de mandados, y fue su función como portero en la Casa Gucci en Nueva York: «el portero de Gucci recuerda sus años de Orígenes». En el papel de portero-origenista traza la absurda yuxtaposición Cuba-exilio: «Por la puerta giratoria de Gucci pudiera entrar Lezama, Fina, Cintio, el padre Gaztelu. Pues todo se está pareciendo a un carnaval a lo Fellini, a un carnaval donde vivos y muertos se reúnen». La superposición de las imágenes de Orígenes en las de Nueva York le hacen preguntarse: «¿quién es el reverso de quién?». Y cuando califica de «cruel imbecilidad» su trabajo de portero, llama cruel imbecilidad también al *trabajo voluntario* que se vio forzado a realizar en Cuba. Un día le dijo a Manuel Díaz Martínez en los cañaverales: «Hay que tragarse esto. Hay que someterse. Los escritores somos una mierda». La mayoría de los escritores cubanos tenemos plena conciencia de esta verdad, pero solo Lorenzo la lleva a la escritura. Entendemos entonces que el poeta, el portero de Gucci, el origenista, el cortador de caña, el niño de Jagüey, el alumno del Colegio de Belén, el soñador de *Vilis* y el *bag boy* del Publix forman la trayectoria perfectamente coherente de un destino cubano. Cualquier otro empeño, como diría Lorenzo, no es más que camuflaje.

La lección de mayor sabiduría que he recibido de Lorenzo (y han sido muchas) está comprendida en el título de sus memorias, *El oficio de perder*. Recuerdo que me lo comunicó por teléfono. Fue como si apretara un botón y

éste reprodujera de modo instantáneo en mi imaginación la figura de Herman Melville durante los últimos años de su vida. Acababa de leer el día anterior estas palabras de Richard Chase: «El espectáculo del autor de *Moby Dick* perseverando durante casi veinte años sombríos como inspector de aduana en Nueva York representa uno de los arquetipos más elocuentes y bochornosos de la cultura norteamericana».

